Año II — Núm. ...

SUPLEMENTO DE LOS DOMINGOS

Buenos Aires, Julio 5 de 1925.

16 PAGINAS

LA RAZON

DIRECCION - ADMINISTRACION
Avenida de Mayo 741

Don Miguel de Unamuno, en la intimidad

Por Ventura García Calderón

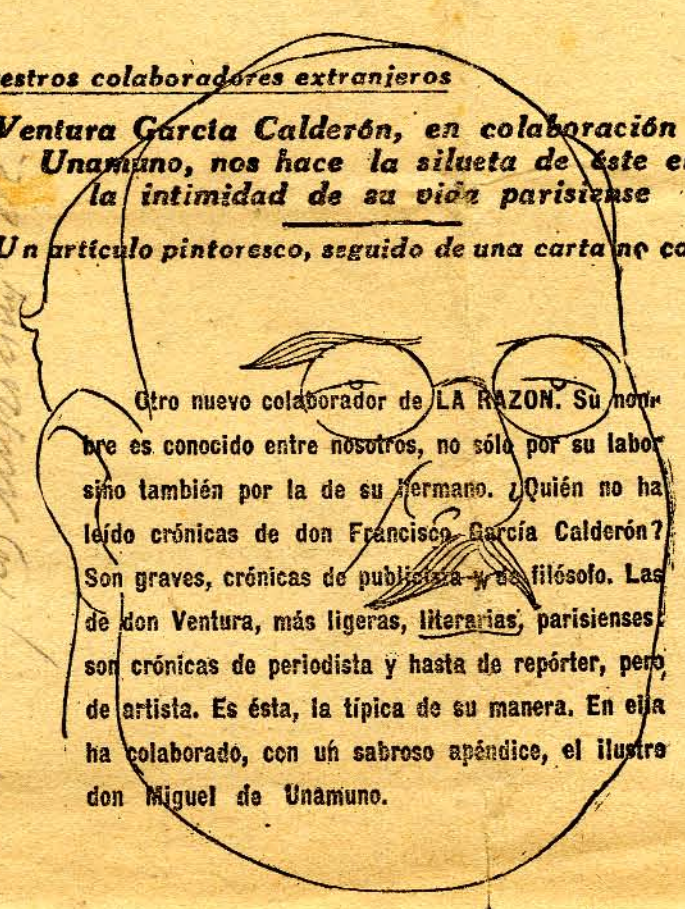
(Artículo comentado por el mismo don Miguel de Unamuno)

CASA MUSEO UNAMUNO

Nuestros colaboradores extranjeros

Ventura García Calderón, en colaboración con Unamuno, nos hace la silueta de éste en la intimidad de su vida parisiense

Un artículo pintoresco, seguido de una carta no común



Otro nuevo colaborador de LA RAZON. Su nombre es conocido entre nosotros, no sólo por su labor sino también por la de su hermano. ¿Quién no ha leído crónicas de don Francisco García Calderón? Son graves, crónicas de publicista y de filósofo. Las de don Ventura, más ligeras, literarias, parisienses, son crónicas de periodista y hasta de repórter, pero de artista. Es ésta, la típica de su manera. En ella ha colaborado, con un sabroso apéndice, el ilustre don Miguel de Unamuno.

Inquieto al saber que yo iba a tratar indiscretamente de su vida íntima, don Miguel quiso leer y comentar el siguiente artículo. Yo acepté con entusiasmo. ¡Qué mayor fortuna para un cronista! Los lectores agradecerán inserte, al pie de mi retrato, los risueños comentarios del maestro. — V. G. C.

Enrosca en los dedos índice y pulgar un fragmento de la cana patilla, se nos queda mirando, mientras la empurpura el rostro de marfil una oleada de sangre moza; y el admirable viejo recio martillea con un puño feral la mesa de mármol, vociferando:

—¡Miserables!

Yo no quiero deciros a quiénes designa así, con justos modos. Todas las chiquillas rubias del café de la Rotonda han vuelto la cabeza, el camarero acude a preguntarnos si ha de ser un vaso de cerveza, y los oyentes de don Miguel nos quedamos estupefactos ante el profeta. ¿De cuál San Pablo violento y marcial, de qué Santiago matamoros es el digno hermano tardío este soberbio escritor llegado de Salamanca a París, después del forzoso veraneo en las Canarias? Viéndole por primera vez, se comprende en seguida que era vasco de boina y escopeta, al artista que comulgaba antes de fusilar. Es hombre de una pieza, tallado en cuarzo puro de la sierra de Gredos.

A decir verdad, no le habíamos supuesto así cuando leíamos sus divagaciones de ensayista, sus descubrimientos de viajero de todas las ideas. Fué el maestro de la paradoja española, un libérrimo profesor de griego y el rector de aquella Universidad salmantina de donde salieron antaño los mejores burladores de la novela picaresca. Era el escudero raciocinante del Quijote en su segunda peregrinación por la Mancha triste y decaída. Era el poeta de la llaga y la morada sangre que, de hinojos ante un Cristo de Velázquez o el crucifijo de un calvario serrano, lo está increpando de amor porque no le contagió sus estigmas de afrentado colega. A los desamparados, a los alicaídos, a los tristes acompañó siempre en sus meditaciones este hermano de la buena agonía, más nunca pudimos suponer que iba a terminar como apóstol de todas las Españas, con puños de pelotari y una sublime cólera en los pulsos.

Sesenta años, el rostro sin arrugas, la salud de los pinos que desafían al viento marino y se curan con su propio bálsamo, la juventud espiritual que acredita su último libro **Teresa**, escrito en rimas becquerianas. Así el colérico padre Dante aterrizaba ante Beatriz, después de haberse desplegado en la más encumbrada tormenta, y así mis indios del Perú tallan flautas de amor y dolor en el hueso de una fiera muerta.

Pero sólo quiero hablar hoy del Unamuno íntimo y pedestre que llegó a tener la cabeza oracular de Hugo cuando aprendió, como éste, el arte de ser abuelo. La catadura es singular. Ropas negras de clérigo, cortadas por algún sastre lugareño; un chaleco famoso que sube hasta el pescuezo y, encaramado en la canicie, un sombrero arbitrario que toma todas las formas del capricho, abollado a puñetazos como un yelmo endeble y contemporáneo. No da reposo a sus manos el maestro. Con cualquier trozo de papel que esté al alcance de la mano fabrica pajaritas que merecen capítulo aparte o saca de la cartera extraordinarios sonetos cristalizados aquella misma mañana, frescos de tinta y poesía en el estupor de la madrugada.

Siempre está en las nubes este poeta de cada día. En un automóvil, en el estruendo de París, me leyó hace poco sus admirables y religiosas páginas sobre Ganivet. Otra vez, saliendo de visitar a André Suarés, le llevó al café de la Rotonda, en donde el jazz-band de los sábados pecadores comunicaba a nuestros pasos el ritmo de un tango endemoniado. Cualquiera, menos don Miguel, hubiera concedido a estas incubas y súcubas de París una mirada cortés, por lo menos; pero él estaba lejos, en otro sistema planetario, donde residen las ideas puras. ¿De qué hablamos entonces? Del porvenir de España, de la locura del mundo, de la redención universal, que ha de venir cuando ingresen en sanatorios especiales los tiranos de todo el mundo. Gritábamos con tal independencia que el negro jalcador y las Magdalenas nos miraban unánimemente enfurecidos.

Don Miguel está siempre así, cerca y lejos, invocando al Angel de la Guarda cuando la taimada frivolidad quiere llevarnos de la mano. Es su enemiga mortal esta palabra. Y, sin embargo, ¡cuán divinamente frívolo sabe ser a veces! Le obsequié una tarde mi libro **La Venganza del Cóndor** y poco después sacaba de la cartera una pajarita de papel: la llama del Perú, personaje frecuente de mis relatos, estilizada magistralmente. El pascaliano meditador, el espolique de Alonso Quijano, el cirineo de los Cristos realistas que tienen cabellos verdaderos y pústulas llenas de moscas, ha escrito el más ingenioso y risueño tratado sobre el arte de las pajaritas. Miradle cortar el papel en cuadro, doblarlo con habilidad de larga práctica, ir sacando, como de un cubilete, un gallo arrogante, un cisne, una canoa, un mono y una flor. Treinta o cuarenta figuras diferentes salen de aquellas manos de encajera. Y todos rodeamos al maestro con la codicia de los chiquillos: «¡Para mí el cisne, para mí el león!». A no haber sido el apóstol de la inquietud española, hubiera triunfado como dibujante animalista. ¡Extraño y exquisito rector!

Su vida entera es tan pintoresca como su epílogo parisiense; más si quiero extirparle confidencias sobre las pasadas aventuras de su existencia, me reprende a gritos:

—¿Anécdotas? De ninguna manera. Son lo más exterior de mi vida, el cinematógrafo, y yo no quiero exhibirme. Lo entrañable, lo soterraño, quedó referido en mis libros. Hace treinta años que me estoy contando en ellos. El que quiera entender, entienda. A nadie le importa, por ejemplo, que yo lleve este sombrero y este chaleco. Es lo que pasa, lo deleznable, y sólo debe referirse lo eterno en nosotros mismos. Además, las gentes no se enteran nunca de nada. Se figuran que soy un profesor con gafas, un viejo aterido en una biblioteca. Me han llamado sabio, ¡insulto horrible! Yo soy un joven de sesenta años, enamorado de las cosas vivientes. He residido en el campo aprendiendo el castellano de boca de los campesinos y componiendo sonetos de inmortal amor al pie de la aceña que muele el trigo de los pobres...

Sonetos de inmortal amor... Don Miguel vive cortejando a las suaves muertas de su recuerdo. Parece que sólo quisiera, como en un lienzo prerrafaelista, ir siguiendo los funerales de Beatriz con el birrete dantesco, parece decidido a confinarse en una Florencia de melancolías, cuando súbitamente resucita el vasco de pelea y en un libro de rimas puras pega palos en prosa. Para él no existen géneros literarios definidos. Todo es oración y todo es ira, como en el canto de los profetas bíblicos. En un mismo día, ¡qué digo!, en una misma hora, le he visto pasar por todos los matices del pensar y del sentir. Refiere una anécdota jovial, acaso un tanto escabrosa; se enternece hablando de un hijo muerto; cita en griego una homérica frase, comentándola con un verso inglés; suelta al aire dos o tres tacos redondos, muy propios del país de María Santísima; discute el origen hebreo de un vocablo; murmura, con arrulladora voz, una queja del gran portugués Joao de Deus; dobla meticulosamente los bordes de un gallito de papel, dibuja su propia caricatura o rompe a hablar de las cosas eternas. De los más subidos pensamientos baja a triviales decires, como Zaratustra venía de la montaña al valle negro. Con la misma competencia puede tratar de santos y de toreros, de Loyola y de Sancho, del divino Platón y de la Chelito. En París, donde ya saben todos que es una cumbre del pensamiento europeo, será siempre, a pesar del respeto unánime, un gran desterrado estrafalario. Va quejándose de no hallar aquí los oscuros paisajes trágicos que servían de marco y de incentivo a sus meditaciones españolas. No hay montañas peladas, como en Gredos; un río furente, como el Tajo, ni siquiera una barrera de pinos sombríos que asocien, contra el huracán, sus cimas poderosas. ¿El bosque de Boloña? Es un parque civilizado, donde se quiebran las parejas del tango bajo el vértigo de una orquesta mulata. ¿En qué zarza podada hablar con Dios? ¿Cuál cielo de París puede hacer meditar en la eternidad? Sus transeuntes sólo piensan en el presente inmediato.

Por esto, nada ofrece mayor contraste que mi ciudad y don Miguel. No creo que lleguen a entenderse nunca. Ella quiere sestear en sus colinas, Montparnasse y Montmartre, lejos de todo exceso y de toda antigua inquietud, sonriendo y gozando, con el propósito de quedarse en el mundo el mayor tiempo posible, porque es grato el vino de sus viñas y, como decía Salomón, es dulce a los ojos ver el sol. Nadie puede negar que don Miguel sea también un optimista. (Se jacta de su salud cabal y sus sesenta años floridos). Pero le hacen falta para estar satisfecho, como a don Alonso Quijano, como a todos los hombres geniales de su raza, las tétricas soledades sin agua, los molinos que el ábrego mueve, el coloquio con los Cristos agonizantes, la máscara antigua de la tragedia. Siempre le será sospechosa la raza que sólo quiere reír.

¿Cuánto tiempo durará este destierro entre los gentiles? Nadie lo sabe, ni acaso él mismo, porque el anciano consecuente sólo regresará a una España nueva, redimida. «La mejor manera de vencer a sus enemigos es sobrevivirles», le dije ayer, repitiendo una humorada de Gladstone, y él asintió con una sonrisa. Muchos años ha de vivir, para gloria de nuestra gente, este viejo facioso que pertenece a la estirpe de los grandes empecinados: Tolstoy, Walt Whitman, Víctor Hugo; por mucho tiempo veremos su perfil de trajinante formidable, que sube a pie de la Rotonda a la Estrella, seguido de jóvenes españoles. Sin gabán ni paraguas, se va, en el torbellino de la tarde, maldiciendo y vociferando, mientras la mano apuntada a la primera estrella denuncia la tristeza de haber perdido, a través de los siglos, la lanza de la Mancha y la pica de Flandes.

Ventura García Calderón

Comentarios o apostillas al precedente artículo por don Miguel de Unamuno:

Mi querido Ventura: Leo su artículo y gracias. Ha hecho usted bien en titularlo «En la intimidad» y no Unamuno anecdótico. Lo anecdótico, ya se lo dije a usted, no es íntimo. Y vayan reparos.

Dice usted que el «padre Dante aterrizaba ante Beatriz». ¿Aterrizar? ¡Por Dios! No le mezcle usted con aeroplanos al soñador de las eternas estrellas, el que las creó, contemplándolas, desde lo alto de la montaña de gloria a que se trepó. Porque es desde tierra, tendido en ella, como repite, que se llena uno de cielo. Las aves, en su vuelo, no miran, en cambio, más que al suelo. Y el piloto de avión no ve el cielo ni el automovilista el paisaje. El paisaje lo he visto yo que he caminado mucho, que soy pedestre.

Usted habla del «Unamuno íntimo y pedestre». Así, el íntimo es el que va a pie.

Dice usted «arte de ser abuelo». No lo soy todavía, ¡ay! y es una de mis penas. De mis ocho hijos — cinco varones y tres mujeres — uno está casado ya, el menor tiene quince años, pero ninguno me ha dado nietos. Y pienso en si mis otras obras no darán, a su vez, obras hijas.

«Ropas negras de clérigo, cortadas por algún sastre lugareño»... Negras, no, sino azules, y si el sastre es lugareño es de un lugar... helénico. Porque el traje con que usted me ve, me lo cortó aquí en París Aristodes Adamandides, tailleur, 6 rue des Morillons, Segur 39-04. Y quién sabe si desciende del que le cortaba los peplos a Píndaro... Sólo que como ha perdido aquí, en París, mucho de la tradición clásica, no sabe cortar chalecos a mi corte y en la americana — ¡americana!, ¡antihelénica! — me ha puesto un botón supernumerario al que no corresponde ojal. Porque esto de botones sin ojales u ojales sin botones será muy americano y moderno pero no es helénico, no es clásico. Es cosa de moda, moderna. Y mi traje como el de mis pensamientos y sentimientos está por encima y por debajo de la moda. No es moderno, de ese moderno que jamás se hará antiguo.

¿Yo echar tacos redondos? ¡Ni cuadrados! Si quiere usted decir «ajos». Eso nunca. Mi lenguaje es rudo, a las veces insolente, pero esas muletillas de tartamudez mental, eso no!

«... de la Chelito»... No, la Chelito, no; nada de la Chelita. Eso no es más que falsificación de vicio. Los pobres pornógrafos que tratan de ella no saben ni pecar.

«Se jacta de su salud cabal...» Ni un mes en cama, en junto, en más de sesenta años. Floridos, sí, y fructíferos. Y con raíces. Hasta un asomo de reuma se me ha curado en Fuerteventura.

Y nada más. Y esto no es anécdota.

Muy su amigo.

Miguel de Unamuno.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS USAL.ES